

licitar recompensa y adelantamiento: la injusticia y sinrazon de los hombres ha exceptuado de esta regla general á las letras humanas, que en realidad son las mas útiles de todas, pues sin ellas no es posible llegar á ser consumado en las demas. Los siglos y los hombres en quienes reyne semejante injusticia, jamas serán nombrados en la posteridad, la qual venerará siempre los felices tiempos de Alexandro, Augusto, Leon X. y Luis XIV, en que el aplauso público y la liberalidad de los Príncipes iban á buscar á los sabios en el retiro de su estudio. Cervántes experimentó esta injusticia, y se quejó de ella en los dos expresados coloquios con tanta viveza, modestia y naturalidad, que excita la compasion y lástima de los lectores.

62 En el capítulo quarto de este Viage finge que Apolo, luego que recibió el socorro de los poetas españoles conducidos por Mercurio, los llevó á un rico jardin del Parnaso, y señaló á cada uno el asiento correspondiente á su merecimiento. Solo Cervántes no logró esta distincion: él solo quedó en pie y sin ningun arrimo á vista de aquel concurso, ante el qual alegó todas las obras que habia compuesto y estampado, é hizo presente su amor á las letras humanas, y la persecucion que le suscitaban por esto la envidia y la ignorancia; pero todo en vano, porque no pudo conseguir el asiento que deseaba. Aun no es esto lo mas: el Dios Apolo para consolarle le aconsejó que doblase su capa y se sentase sobre ella; mas tal era su pobreza, que no la tenia, y así hubo de ceder, y quedarse en pie á pesar de sus canas, de su talento, de su mérito, y del sentimiento de algunos que sabian la honra y preferencia que le era debida.

63 Fácil será conocer que este coloquio es un verdadero retrato de la desdichada situacion de Cervántes en el tiempo que compuso aquel poema: y á la verdad no podia buscar modo mas ingenioso para mostrar su extrema miseria, y la injusticia con que le trataban los que por su carácter y destino estaban obligados á discernir el mérito, y premiarle.

64 Bien de manifesto les puso Cervántes el suyo en el coloquio que supuso haber tenido con Mercurio. Luego que este desembarcó en España quedó maravillado de hallar á nuestro autor tan desacomodado y pobre: le colmó de elogios por sus servicios militares, excelente ingenio, y aceptacion general de sus escritos,

y le alistó consigo, eligiéndole para que le informase del mérito de los poetas españoles, comprendidos en una prolixa, é individual relacion hecha por el mismo Apolo. Cervantes despechado de que los hombres le negasen el sustento y honor que merecia, se valió como poeta del ministerio de los Dioses, para que el sufragio de los unos confundiese la injusticia, é insensibilidad de los otros.

65 Esta inocente apología fué recibida en contrarios sentidos. Los émulos y enemigos de nuestro autor, aquellos que si hubiese callado hubieran atribuido su silencio á falta de razon, la notaron de arrogante y presuntuosa; mas los generosos, é imparciales la recibieron como una defensa justa y moderada, y como un memorial presentado al público por el ingenio mas sobresaliente y desvalido de la nacion, que escribia con aquella sabia libertad, tan distante de la elacion de los ignorantes, como de la baxeza de los hipócritas.

66 Igual libertad usó en la crítica que hizo de los malos poetas, censurando el arrojo con que querian apoderarse de nuestro Parnaso, y ajar el decoro de las Musas españolas. Pero esta crítica fué en general, y sin determinar personas; al contrario que las alabanzas, en las que nombró expresamente á todos los poetas distinguidos por sus obras, ó por su gerarquía. Elogió excesivamente á quantos tenian algun mérito, y pasó en silencio á los que eran dignos de reprehension y censura. Tanta era su modestia que contemplaba á todos como si él tuviera muchas faltas, y procuraba evitarlas como si no contemplase á ninguno.

67 El fruto de esta moderacion no pudo gozarle desde luego, porque no se atrevió á publicar aquella obra hasta mucho tiempo despues de haberla concluido. Temia que los poetas medianos sintiesen no verse elogiados al par de los excelentes: conocia que unos tomarian á mal que los nombrase, y otros que no hiciese mencion de ellos: y este conocimiento, junto con el rezelo de que su obra fuese quizá mal recibida del Conde de Lémos, le determinaron á suspender su publicacion, y á buscar para ella otro Mecénas.

68 No era su sospecha infundada, ni voluntaria. Habíase valido de los Argensolas para que le recomendasen al Conde de Lémos, con quien estaban á la sazón en Nápoles. Estos dos illustres hermanos le hicieron al tiempo de su marcha tantas y tan gran-

des promesas , que nuestro autor confiado en ellas habia esperado mejorar su suerte con las liberalidades y generosidad de aquel Caballero ; pero esta esperanza salió vana. Los Argensolas no hicieron los buenos oficios que habian ofrecido , ni se acordaron de Cervántes , y así quedó este no solo sin el auxilio que tanto necesitaba ; sino tambien con el rezelo de que aquellos famosos poetas no le tenian buena voluntad , y con el temor de que le hubiesen indispuerto con su protector. Este suceso completó su afliccion , y le obligó ⁶² á pintar tan al vivo su desgracia , y á quejarse de los Argensolas en el referido Viage.

69 Serenaba en parte el rezelo de Cervántes , y desvanecia sus sospechas el testimonio de la propia conciencia. Profesaba á los Argensolas un amor sencillo y una amistad inviolable , y les habia dado pruebas auténticas de ella en el *Canto de Caliope* ⁶³ , donde les hizo un elogio apasionado y discreto , y en la primera parte del *Quixote* ⁶⁴ , en la que propuso como dechado de nuestras composiciones dramáticas las tragedias de Lupercio , *Isabela* , *Filis* , y *Alexandra* ; pero por lo mismo se le hacia mas sensible el olvido de sus dos amigos , que sin duda seria esta la única vez que faltaron á las leyes de la buena correspondencia.

70 La que encontró despues Cervántes en el Conde de Lémos lo hace creer así. Este autor difirió prudentemente la edicion de su Viage , y adelantó la de las Novelas , que á mas de ser de mayor mérito , tenian la circunstancia de tratar asuntos divertidos , é indiferentes. El público , y el Conde de Lémos , á quien las dirigió , las aplaudiéron sin término , y Cervántes captó de tal manera la benevolencia de este Mecénas , y se vió tan favorecido de él , que le dedicó todas sus demas obras , á excepcion del citado Viage , que habia destinado ántes á Don Rodrigo de Tapia , Caballero del Órden de Santiago , y publicó despues de las Novelas quando estaba asegurado ya de la aceptacion del Conde de Lémos , y de la amistad de los Argensolas.

71 No merecia ménos su buena fe , é integridad. En el mismo Viage del Parnaso , y al propio tiempo que estaba quejoso de ellos , los elogió excesivamente , con particularidad á Bartolomé Leonardo , aunque con la desgracia de que esta accion tan loable fuese mal entendida y censurada por Don Estéban de Villégas ⁶⁵ .

72 Supuso Cervántes que los Argensolas no concurriéron al

Viage del Parnaso , aunque llamados y solicitados del Dios Apolo, por estar empleados en el obsequio del Conde de Lemos. Villégas tomó por sátira lo que en realidad era un elogio delicado, é ingenuo, y baxo este falso supuesto , queriendo desagruar á Bartolomé de Argensola, motejó á Cervantes, llamándole ⁶⁶ *mal poeta, y quixotista*: inconsideracion frecuente en Don Estéban de Villégas, y que solo podian disculpar sus pocos años. El mismo apodo que aplicó á Cervantes debiera haberle acordado , que el ser inventor del Quixote era un título ilustre, en fuerza del qual debia tener en el Parnaso un lugar preferente á los Argensolas , y á los demas escritores de su siglo.

73 A continuacion de este Viage publicó la *Adjunta al Parnaso*: diálogo en prosa , cuyos interlocutores son el mismo Cervantes, y otro poeta que le traía una carta de parte de Apolo , donde estaban inclusos ciertos privilegios y ordenanzas para los poetas españoles. El objeto de esta obra aparece el mismo que el del Viage del Parnaso ; pero en realidad no fué otro que querer Cervantes acreditar sus comedias. Por esto supuso que el poeta mensajero de Apolo, como aficionado á este género de poesía, deseaba saber quantas habia compuesto , y con este motivo refiere y celebra las que se habian representado suyas en los teatros de Madrid, y las que habia compuesto despues, y no querian representar los comediantes.

74 Estaba nuestro autor sentido de ellos, porque sabiendo que tenia comedias y entremeses , no se las pedian, ni apreciaban , y para desquitarse determinó imprimirlas , á fin que el público conociese su mérito y la ignorancia de los farsantes. Así lo ofreció en la *Adjunta al Parnaso* , y lo cumplió el siguiente año de 1615, publicando ocho comedias , y ocho entremeses nuevos.

75 Para conseguirlo le fué preciso sufrir otros desayres originados de su forzada inclinacion á la poesía. Nunca se verificó mejor la máxîma de que los hombres jamas se deslucen tanto por las qualidades que tienen , como por las que afectan tener. Cervantes no podia costear la impresion por sí, y le era forzoso valerse de otras personas. Acudió para esto al librero Juan de Villaroel, quien le desengañó desde luego , asegurándole ⁶⁷ *que de su prosa podia esperarse mucho ; pero de sus versos nada*. Esta respuesta le dió tanta pesadumbre , que vendió las expresadas come-

dias al mismo Villaroel, quien las hizo imprimir por su cuenta.

76 La tibieza con que fuéron recibidas del público, y el no haberse representado jamas, sin embargo de estar impresas, fuéron dos nuevos desayres que experimentó nuestro autor por no querer contenerse dentro de sus justos límites. Es casi imposible que un mismo hombre sea excelente en verso y en prosa, y que abrace al propio tiempo dos extremos tan distantes. Séneca el Filósofo refiere, que Virgilio escribía tan mal en prosa como Ciceron en verso. Si así es, tuvo este poeta un mérito que no tuviéron, ni el Orador romano, ni el Fabulista español. Virgilio no dió á luz prosa alguna por no desacreditarse; pero Ciceron y Cervántes publicáron versos que deslucen su memoria.

77 No obstante, quizá convendría Cervántes en la impresion de estas comedias mas por socorrer su necesidad, que por lucir su ingenio. Se sabe que las tenia destinadas á perpetuo silencio, y que las publicó movido del precio que le diéron, y se ve que el mayor elogio que las hace, se reduce á decir que⁶⁸ no eran desabridas, ni descubiertamente necias. Tal vez su mismo juicio, y las continuas censuras que escuchaba, le abririan los ojos para que divisase los defectos de estas obras á la luz de la razon.

78 Lo cierto es que la modestia y llaneza con que habla en el prólogo de dichas comedias, es muy loable, ya procediese de conocimiento propio, ya de deferencia al dictámen ageno. De qualquier modo que fuese, dió una prueba manifiesta de que su genio era mas inclinado á la moderacion de Virgilio, que á la ambicion de Ciceron.

79 Lo mismo comprueba la honorífica memoria que hizo en dicho prólogo de los cómicos mas sobresalientes de aquel tiempo, especialmente de Lope de Vega, olvidándose⁶⁹ con singular generosidad de las persecuciones que le habian suscitado por su causa.

80 Nuestro sabio Filósofo Juan Huarte⁷⁰ dice que para la aplicacion de los ingenios se debe exâminar no solo la ciencia que se adequa mas á cada uno; sino tambien si se acomoda mejor á la teórica que á la práctica de aquella ciencia, porque estas requieren por lo comun diferente clase de ingenio. En Cervántes se verificó plenamente esta reflexiôn. Nunca acertó á componer comedias, y poseia perfectamente su teórica, como lo acredita el coloquio entre el Cura y el Canónigo de Toledo, que insertó en la

primera parte del Quixote ⁷¹: coloquio juicioso y agradable, donde se ven unidas las mejores leyes y reglas del arte cómico. Parecía natural que así como las comedias de nuestro autor fuéron censuradas por no ser buenas, así tambien debiesen haber sido celebradas y estimadas sus observaciones teóricas; pero el encono de sus enemigos se valió de ellas para insultarle, tomando por pretexto á Lope de Vega.

81 Desde fines del siglo diez y seis, en que este poeta principió á alzarse con el aplauso del vulgo y la preferencia de los teatros, comenzáron tambien muchos á reprehender sus comedias por no estar ajustadas á los preceptos del arte. Desentendióse de esta censura con el efugio de que las composiciones dramáticas deben variar segun el tiempo y gusto del auditorio. Sus censores le impugnáron de nuevo con mayor calor y vehemencia, y la contienda se enardeció de modo que la Academia poética de Madrid ordenó al mismo Lope de Vega escribiese un arte, en que manifestase los fundamentos del nuevo método que seguia en sus comedias.

82 En este arte, que se imprimió el año de 1602, confiesa paladinamente los defectos de sus comedias, lo distante que estaban del arte todas á excepcion de seis, la justa censura de las naciones extranjeras á que se exponia, y en fin que su ánimo era olvidarse de los preceptos del arte, y del exemplo de Terencio y Plauto, para captar el aplauso del vulgo ⁷², y hacer de este modo vendibles sus composiciones. De manera que Lope de Vega no solo confirmó las objeciones que le habian hecho; sino tambien su intencion de preferir siempre la ganancia al acierto, y el provecho á la honra: semejante al cómico Dosenno, á quien Horacio reprehende con tanto donayre y agudeza.

83 Cervantes hablando de la comedia española no podia prescindir de sus defectos, ni de la causa de donde procedian: así en el expresado coloquio toca estos puntos; pero con una política y urbanidad inimitable. Dice de Lope de Vega lo mismo que él habia estampado en su arte: conviene en que por querer acomodarse al gusto de los representantes no habian llegado todas sus comedias al punto de perfeccion que llegóron algunas; pero al mismo tiempo colma de elogios á este autor ensalzando su fama y su mérito. Supone que sabia extremadamente los preceptos del ar-

te: echa la culpa de su inobservancia al mal gusto de los actores, y no á la ignorancia de los poetas: y guarda tanto decoro á todos, que no nombra á ninguno: de suerte que bien mirado su razonamiento mas parece una apología, que una censura de Lope de Vega y sus imitadores.

84 Así lo creyó el mismo Lope, correspondiendo siempre con igual estimacion á nuestro autor, á quien alabó aun despues de su muerte en el *Laurel de Apolo*; mas no lo creyó así otro compositor de comedias implacable enemigo de Cervántes. El ardid mas comun de los malévolos es enlazar y hacer una su causa con la de los hombres grandes, para engañar y sublevar al vulgo, á la manera que hizo Antonio con la toga sangrienta de César. Estaba grandemente sentido aquel poeta de la justa censura que Cervántes habia hecho de sus comedias en el Quixote: sabia la estimacion que le habia grangeado esta obra, cuya segunda parte deseaban todos, y para saciar su odio intentó desacreditar de un golpe el ingenio y buen corazon de Cervántes. Su ingenio continuando el Quixote, y su buen corazon publicando que habia ofendido en él á Lope de Vega, porque su fama le daba pesadumbre, é invidia.

85 Con esta idea salió á luz en Tarragona el año de 1614 el segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, compuesto, segun dice su título, por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda natural de la Villa de Tordesillas; pero escrito en realidad por el expresado poeta, de quien no se sabe otra cosa, sino que era Aragonés, y que ocultó su patria y nombre con el mismo artificio con que quiso ocultar su intencion.

86 Á este efecto supone en el prólogo que continuaba el Quixote con el fin de desterrar la perniciosa leccion de los libros caballerescos, y que censuraba á Cervántes por desagaviar á Lope de Vega; pero él propio arrebatado de su cólera rasga imprudentemente este velo, y dexa al descubierto su ánimo en el mismo umbral de la obra. Su prólogo es un libelo infamatorio, en que cubre de oprobios las venerables canas de Cervántes, llamándole *viejo, manco, pobre, invidioso, murmurador*, y notando hasta el acogimiento que hallaba en el sabio Cardenal de Toledo. Demanera que todo hombre racional confesará leyendo este prólogo, que su autor escribió aquella obra sin otro fin que injuriar la per-

sona de Cervantes, y desacreditar su ingenio, manifestando, ó que no podia continuar su Quixote, ó que habia otros tan capaces como él para continuarle.

87 No era menester mas que la audacia de aquel poeta, y bastaban sus odiosas expresiones, para que el público hiciese justicia á nuestro autor; pero este como sabio y discreto le presentó otra apología mas calificada y completa en la segunda parte del Quixote impresa en Madrid el año de 1615.

88 En ella se descubre la inmensa distancia que hay de un contrario noble y generoso, á un enemigo ratero. Avellaneda encubrió su nombre para insultar descubiertamente á Cervantes, y este ni quiso disfrazarse, ni quitar la máscara á su agresor para responderle. Satisfizo con invidiable modestia las personalidades que habia estampado contra él, paró sus injurias y amenazas con el escudo de la templanza y de la razon, dexóle corrido en el juicio público con singular gracia y donayre, y logró que triunfase en esta lid la inocencia de la calumnia, la moderacion de la audacia, y la urbanidad de la grosería.

89 El paralelo entre el prólogo de Avellaneda y el de Cervantes manifiesta la ventaja que este le hacia en honradez y nobleza de ánimo, así como el cotejo de las dos obras hace patente la preferencia de su ingenio. Luego que salió á luz la de Cervantes hizo ver que no era capaz de continuar dignamente aquella obra otra pluma que la de su inventor. El Quixote castellano ahuyentó⁷³ de la república de las letras al aragones, desterrando la leccion de sus aventuras al par de los demas libros caballerescos: y aquel anónimo que habia creido deslucir á Cervantes, no consiguió otra cosa que añadir este mustio y marchito laurel á su triunfo.

90 Entre todas las obras que puede producir el entendimiento humano, ningunas hay mas exéntas del imperio de la sinrazon y parcialidad que las de pura invencion, porque en ningunas es mas sensible el placer, ó fastidio. En los demas escritos puede la destreza de un censor, ó de un panegirista prevenir el juicio de los lectores; pero en estos cada uno juzga por sí propio á medida del embeleso, ó disgusto que le causa su leccion. Era preciso pues que la de Cervantes hiciese insufrible la del Aragones, á pesar del empeño y diligencia de los émulos del uno, y de los parciales del otro.

91 Avellaneda no pensaba con dignidad, ni escribía con decencia: á cada paso presenta imágenes torpes, é indecorosas, cuyo colorido basto, grosero y desapacible, sonroja y enmudece al lector: al modo que sucedió á la hermosa Sparre, precisada por órden de la Reyna Cristina á leer la licenciosa obra de Beroaldo de Verville. El que compare los dos cuentos del rico desesperado, y los felices amantes con las novelas *del Curioso Impertinente*, y *del Cautivo*: el que cotejare el carácter de Bárbara con el de Dorotea, conocerá que un mismo asunto aparece chocante, ó agradable segun el ingenio y habilidad del que le trata.

92 Seria hacer poca justicia á Cervántes, y demasiada merced á su competidor, detenerse mas en este asunto. Para decidirle basta poner las urbanas graciosidades é ingeniosos donayres del uno, al lado de las bufonadas y chocarrerías del otro.

93 El juicio conforme del público, no interrumpido, ni alterado por espacio de dos siglos, está á favor de Cervántes. Los profesores de las bellas artes, las lenguas vivas de Europa, y las prensas de todas las naciones cultas no han cesado de multiplicar y enriquecer los exemplares del Quixote; pero la obra de Avellaneda quedó oscurecida y sepultada en su misma cuna, ya fuese por su poco valor, ya porque los apasionados de Cervántes quemasen sus exemplares, segun da á entender él mismo en la visita de la imprenta de Barcelona.

94 Lo cierto es que aquella continuacion no volvió á estamparse en su siglo, ni fué apreciada de los literatos de él, y si alguno la mencionó, como Nicolas Antonio⁷⁴, fué para notar la disparidad que habia entre el ingenio de su autor, y el de Cervántes.

95 La censura de aquel sabio Bibliotecario, y la conducta de sus contemporaneos, son un indicio vehemente contra la pretendida ilustracion de este siglo, en el qual ha encontrado Avellaneda unos obsequios que no pudo lograr en el suyo. El año de 1704 se imprimió en Paris una traduccion francesa de su Quixote. El traductor descompuso el original para componerle de nuevo, quitóle la mayor parte de las torpezas, é indecencias de que abunda, y le adornó con varias adiciones y episodios que le mejoraron mucho, y diéron algun crédito á su primer autor en el concepto de los lectores que creian fiel y exácta su traduccion. Así sucedió á los autores del *Diario de los sabios*, y así tambien

al Doctor Don Diego de Tórres, que habla de Avellaneda sin haberle visto, y atribuye al autor español los discursos del traductor frances.

96 No era extraño que este intentase preferir la obra de Avellaneda á la de Cervantes para grangearle aceptacion y salida, ni tampoco que sus lectores ignorantes del castellano, y de las alteraciones que habia hecho en la traduccion, le creyesen sobre su palabra. Lo singular es, que en este siglo, y dentro de la Corte, se haya estampado y sostenido lo mismo, poniendo por fundamento la autoridad de los Diaristas franceses, que no viéron el original de Avellaneda, y la de su traductor, de quien se asegura que no le entendió.

97 Este fué el objeto de Don Isidro Peráles en la nueva edicion de Avellaneda, que imprimió el año de 1732. Al frente de ella háy una coleccion de invectivas contra Cervantes, entre las quales la mas infundada es la del editor, que supone *estar exénto Avellaneda de los defectos en que incurrió Cervantes, y haber imitado y casi copiado este la segunda parte de aquel*: como si no fuese constante que Cervantes tenia trabajado y concluido lo principal de su segunda parte, quando publicó la suya Avellaneda, y como si el cotejo de las dos no evidenciase, que tienen tanta semejanza entre sí, como la Odisea de Homero con la de Triphiodoro, y la Jerusalem del Taso con la de Lope de Vega.

98 El que quisiese inquirir la causa por que este editor faltó á la modestia y circunspeccion con que debe hablarse siempre de autores tan beneméritos como Cervantes, no descubrirá otra, sino el empeño de defender á qualquier precio á su compatriota: empeño en que no ha sido único. El mismo se ve en el famoso Don Juan Martinez Salafranca quando dice⁷⁵: *que Avellaneda tuvo sobrada razon para creer que Cervantes no queria, ó no podia continuar el Quixote*: y quando asegura: *que á este se le está conociendo la calentura del enojo en quanto habla de Avellaneda*. Si aquel sabio Diarista hubiera reflexionado mas esta censura, la hubiera omitido, ó moderado. Cervantes ofreció en el prólogo de sus Novelas publicar inmediatamente la segunda parte del Quixote, y Avellaneda confiesa⁷⁶ haber leído este prólogo, por consiguiente no ignoraba que nuestro autor podia y queria continuar su obra, pues sabia que estaba tan próximo á concluirla. Y aun quando lo du-

dase, esta duda no le daba razon para insultar é injuriar, á Cervántes, así como este la tenia sobrada para desquitarse del insulto y del agresor. Nadie tenia tantos motivos para hacer esta reflexiõn como Don Juan de Salafranca; pero los hombres mas sabios y juiciosos suelen á veces dexarse poseer de un ardimiento que les parecia reprehensible en los demas, y creyéndose lince para descubrir en los semblantes ajenos la calentura del enojo, no aciertan á conocerla en el pulso de su genio.

99 De todos estos empeños no resultó al continuador de Cervántes mas que una atencion pasagera, á modo de las exhalaciones, que apénas se ven quando desaparecen. Su obra tuvo alguna estimacion ántes de reimprimirla, y esto hizo creer al editor que su nueva edicion y apología serian bien recibidas; pero sucedió al contrario. La obra fué apreciada porque era rara, la reimpression la hizo comun, y la dexó sin aprecio. Comenzaba á propagarse ya en España aquella secta de literatos, cuyo instituto es acopiar libros, y elegirlos no por su mérito, sino por su escasez y singularidad.

100 El Quixote de Cervántes ha gozado el privilegio de todas las obras excelentes, que nunca son raras, porque siempre son apreciadas. En vano se esforzaron contra él los apasionados de Avellaneda. El aplauso público, que sacó victorioso al Cid de la censura de la Academia Francesa y del teson de Richelieu, hizo tambien triunfar al Quixote de todos sus impugnadores.

101 Cervántes lo conocia así; pero juzgando que no era bastante satisfaccion la que habia tomado de su competidor en el templado y pacífico prólogo de esta obra, añadió en el cuerpo de ella otras muy ingeniosas y festivas. Entre todas sobresale la que insertó en su dedicatoria, donde alude diestra y delicadamente á varios sucesos, que no le era lícito, ó decoroso mencionar de otra manera.

102 Despues de haber informado al Conde de Lémos quan deseado era su Quixote para quitar las nauseas que habia causado el de Avellaneda, añade⁷⁷: *y el que mas ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir suplicándome, se le enviase: porque queria fundar un colegio, donde se leyese la lengua castellana, y queria que el li-*

bro fuese el de la *Historia de Don Quixote*. Junto con esto me decia que fuese yo á ser el Rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su Magestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viage. Además que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y Emperador por Emperador, y Monarca por Monarca, en Nápoles tengo al gran Conde de Lémos, que sin tantos titulillos de colegios, ni rectorías, me sustenta, me ampara, y hace mas merced que la que yo acierto á desear. Parece á primera vista que el objeto de Cervantes en esta ficcion era solo alabar su obra, y obsequiar á su Mecénas; pero no fué así. Sirvióse de aquella apariencia para disfrazar su idea, de modo que únicamente pudiesen entreverla los que tenian discernimiento para referirla á sus antecedentes.

103 El primero á quien reprehende es á su competidor. Este no habló mas que una vez del Quixote de Cervantes en el suyo, ni le puso otra objecion sino: *que su estilo era humilde*: objecion dictada por la cólera é invidia, y desmentida por el voto de toda la nacion. Nuestro autor, á quien no era decente contestar abiertamente este reparo, se valió del discreto, é indirecto medio de suponer que desde los climas mas remotos y separados del nuestro solicitaban su obra por la pureza y excelencia de su estilo.

104 Bien pudiera haber satisfecho igualmente aquel reparo sin hacer mencion del Emperador de la China, ni ponerle en paralelo con el Conde de Lémos; pero en esto aludió con singular agudeza á un suceso reciente, que por sus circunstancias era el testimonio mas auténtico del mérito del Quixote, y de la desgracia de su autor. Estando el Rey Felipe III. en Madrid á un balcon de Palacio, observó que un estudiante leia un libro á la orilla de Manzanáres, é interrumpia de quando en quando su leccion dándose en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios movimientos de placer y alegría. Adivinó al momento este Monarca la causa de su distraccion, y dixo⁷⁸: *aquel estudiante, ó está fuera de sí, ó lee la Historia de Don Quixote*. Los Cortesanos interesados en ganar las albricias del acierto de los Príncipes, corrieron á desengañarse, y hallaron que el estudiante leia en efecto